

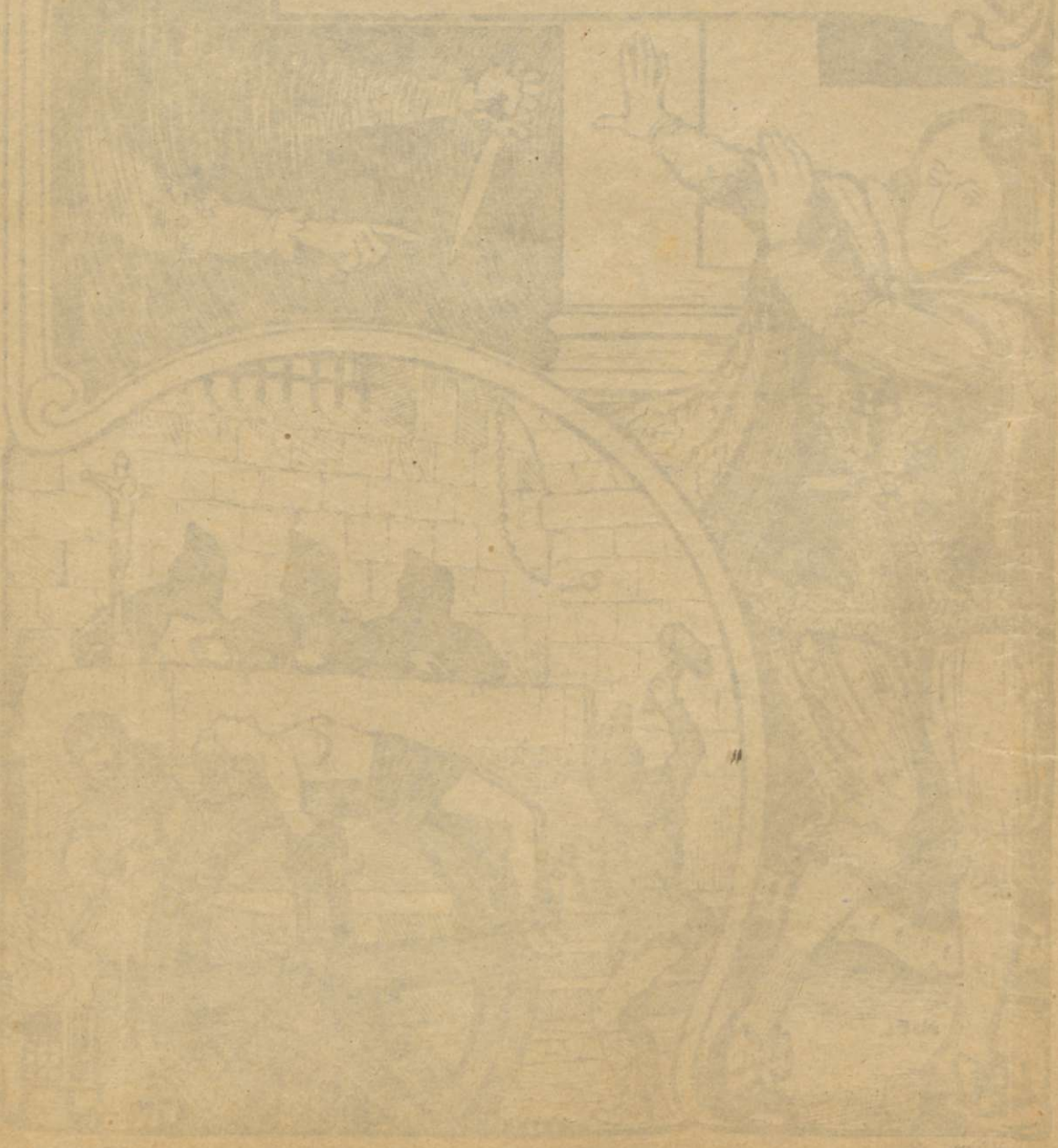
# CARLOS II EL HECHIZADO

## O LA CRUELDAD DEL SANTO OFICIO



CARLOS EL HEREMITA

LA CRUZ DEL SANTO OFICIO





## CAPITULO V

# LA PRIMERA Y LA ULTIMA

I: EL ESPIA.—II: REINA Y CORTESANA.—III: EN LA CAMARA REGIA.  
IV: UN DIPLOMATICO CURIOSO.

### I

#### EL ESPIA

¿Era cierto que Alonso dirigiase hacia la scárceles del Santo Oficio? ¿Tan fácil le fué escapar de donde tantos peligros le acechaban? ¿Había de renunciar Mendoza a sus secretos proyectos acerca del enamorado.

La relación de los hechos no tardará en darnos la más absoluta respuesta a semejantes preguntas.

Recordemos antes de todo a Dimas a partir del instante en que, celebrada su entrevista con la duquesa de Albuquerque, descendió a las fastuosas estancias inferiores de Palacio.

Algún temor abrigaba respecto a la suerte que Alonso pudiera correr.

No obstante su misión era espiar, y Dimas estaba dispuesto a desarrollar la mayor astucia posible en su cometido.

Mientras reflexionaba de este modo iba caminando por una de las galerías de Palacio a la que se abrían varias puertas correspondientes a otras tantas habitaciones, entre ellas la cámara del rey. Era este lugar el más peligroso, pero indiscutiblemente el más propicio para lograr su propósito.

Súbitamente, el ayuda de cámara del cardenal escuchó sordamente algunos pasos que resonando leves sobre la alfombra dirigíanse en dirección contraria a la suya. El encuentro podría ser interesante, siempre que el espía pudiera escuchar y observar a los que se acercaban, sin ser descubierto.

Difícil era el caso, pero Dimas halló pronto la solución deseada, ocultándose tras uno de los pesados cortinajes que extendidos se hallaban sobre una de las puertas que comunicaban con el corredor. Una vez allí agujereó la gruesa tela con la punta de su agudo puñal. De este modo podría escuchar y ver a los que se acercaban. Pronto pudo reconocerlos y quiso la suerte que los dos espías, que no eran otros sino el inquisidor y el conde de Melgar, detuviéranse junto a la cortina, tras de la cual, Dimas estaba escondido.

El padre Mendoza preguntaba con profundo interés:

—¿Os recibió por fin la reina madre?

—Me he valido para conseguirlo de una excusa sencilla. Complimentarla por ser hoy precisamente el día de su cumpleaños.

—¿Es decir, que?...

—Nada en concreto, monseñor. Sólo puedo deciros que Mariana de Austria ha sufrido un profundo disgusto por el fracaso del atentado cometido contra María Luisa.

—¿Pronunció algunas palabras que permitieran entenderlo así?

—Ni una sola, pero sus ojos brillantes y amenazadores revelaban la profunda rabia de su espíritu. Retorefiase las manos nerviosamente, y toda su habilidad para disimularlo —pobre habilidad, como ya sabéis— estrellábase ante la violencia de su carácter.

—¿Y vos creéis que fué la reina madre quien?...

—Me atrevó a asegurarlo.

—Pero es preciso tener una prueba, algo que no admita lugar a dudas.

—Conseguir eso será muy difícil. Además... tenía que deciros que el ujier que guarda la puerta de Mariana de Austria es poco discreto.

—¿Y bien?

—Por él he sabido que hace menos de media hora el embajador de Austria conferenció con la reina madre.

—¿Está el embajador en Palacio?

—El criado le vió alejarse de la cámara de la reina madre, acompañado por Gredin, su escudero.

—Será conveniente no perderle de vista. Ahora, estimado conde, hablemos de Alonso Pérez. ¿Sabéis que está libre?

—Lo sé.

—Está libre pero es preciso que deje de estarlo.

—Nada más fácil.

—Al contrario. Hace falta conseguir el propósito con alguna cautela, precisamente para que nadie pueda advertirlo.

—¿Queréis que se le busque? Sin duda aún no ha salido del alcázar.

Dimas escuchaba sin perder una sola palabra de la conversación.

El inquisidor prosiguió hablando tras una breve pausa:

—Quedó en la antecámara de la reina y solamente podría salir por el ventanal que comunica con la cuesta de la Vega o por la escalera de servicio.

—¿Y bien?

—Preparad en el indicado sitio tres hombres de vuestra confianza. Vos habréis de mandarlos, procurando esconder el rostro bajo el embozo de la capa, de modo que no puedan reconocerlos.

—¿Y después?

—Tan pronto como descubráis al enamorado de Carlota, bien salga por la ventana o por la puerta, vuestros hombres caerán sobre él, echándole una capa sobre la cabeza a fin de ahogar cualquier grito.

—Comprendido, monseñor.

—Siento, señor conde, tener que confiaros una comisión semejante.

—Os obedezco, monseñor sin el más leve comentario.

No hablaron más. Dimas deseaba por instantes que los dos hombres se separaran a fin de salir de su escondrijo con tiempo para avisar a la presunta víctima, si ésta se hallaba todavía en la antecámara.

Vió como el conde y el inquisidor marchaban pañillo adelante hacia la salida del alcázar, y cuando ya estaban lejos, el criado salió de su escondite y de la galería y atravesando luego apresurado algunas habitaciones llegó por fin a la que se hallaba junto a la antecámara de María Luisa.

Allí descansó un instante. Tomó nuevos alientos y después, cautelosamente abrió una puerta, pero la cerró aprisa, mientras que una expresión de profunda sorpresa pintábase en su rostro.

## II

## REINA Y CORTESANA

Recordemos el instante en que María Luisa, desprendiéndose de su valioso anillo, envió al diligente Tatouner en auxilio de Carlota.

Una vez que el bufón salió de la regia cámara, la joven reina corrió al amplio ventanal, ansioso distinguir la figura de su dama, acaso por última vez, pero nada consiguió.

Atenta estaba, sin embargo, a su espionaje, cuando escuchó unos sordos y acompasados pasos sobre la gruesa alfombra del aposento. Para la reina cada instante tenía un temor y cada segundo una angustia.

—¿Qué tramarán ahora contra mi vida? ¿Quién es traidor y quien es leal?

Casi espantada giró hacia atrás el rostro y al descubrir a quien llegaba, una viva sorpresa se pintó en sus pupilas.

—¿Duquesa! ¿Vos?

—Perdonad majestad. Mucho ha sido mi atrevimiento al llegar hasta vuestras plantas pero también a mi retiro llegan las noticias de las tribulaciones que sufrís.

—¿Y?... ¿Acaso tenéis que darme alguna mala noticia?

—Afortunadamente no señora.

—Entonces...

La duquesa de Albuquerque sintióse profundamente humillada ante la extrañeza de María Luisa. Su visita era de aliento, de consejo, de ayuda moral, y la reina no lo comprendía o acaso no quería comprenderlo.

Estuvo a punto de retroceder y tras una respetuosa reverencia salir de la cámara, pero saltó a sus labios súbitamente la justificación de la visita y alzó la frente, pronunciando luego con voz leve y reposada:

—Quiero recordar a vuestra majestad cierta visita que tuvo el honor de hacerme en mis habitaciones.

—Es cierto... Ya la recuerdo...

—Entonces...

—¿Y deseáis algo de mí? ¿Os puedo ayudar en alguna cosa?

La duquesa palideció intensamente. Advertía la nerviosidad de la reina, la ligereza indiferente de sus palabras. Claramente podía conocerse que deseaba terminar la entrevista lo antes posible.

No obstante, la duquesa de Albuquerque, toda resignación y voluntad, quiso agotar todos los medios y respondió:

—Nada necesito, majestad. El olvido suele ser en ocasiones una felicidad para los que lo sufren, y si he resuelto atravesar los umbrales de esta cámara ha sido más bien para daros que para pedirlos. Os cercan demasiados peligros, majestad, estáis sola. ¿Desdeñáis mi compañía?... Necesitáis luchar contra muchos y poderosos enemigos para defender vuestra corona y vuestra vida... ¿Despreciaréis el consejo de una mujer leal que ha conocido muchas intrigas y que puede señalar a muchos traidores?

María Luisa había comprendido por fin. Entonces nació en su espíritu el temor de un lazo tendido con extraordinaria habilidad.

—¿Y queréis ayudarme... desinteresadamente?

—Señora... Os suplico que me despachéis si es vuestro gusto, pero que al hablarme desterréis el insulto de vuestros labios.

Había tanta humildad, tanta sinceridad y además tan extraordinaria ener-

gía moral en aquellas palabras, que María Luisa, que hasta aquel instante no habíase separado del ventanal, avanzó resuelta hacia la duquesa, y le tomó las manos rugosas y pálidas que, bajo la regia caricia, temblaron un instante.

—¿Así—preguntó la reina ansiosamente—sois leal a mi causa?

—Os lo juro por Dios que nos oye, señora.

—¿Sois rica?

—Tengo algo que vale más que el dinero. La generosidad y la nobleza.

—Si advierten que me ayudáis, acaso os arrojen de aquí, perderéis vuestra pensión.

—¿Y qué importa? ¿Sabéis como vivo, señora? Lejos del palacio real siempre encontraré una choza donde reposar feliz, luego de haber colaborado para que la justicia se cumpla.

—Venid. Sentaos. Estáis fatigada.

Ya sentadas las dos mujeres y tras una breve pausa, María Luisa interrogó:

—¿Sabéis que han querido envenenarme?

—Lo sé y sé además que gracias a vuestra joven Carlota os habéis salvado.

—¡Si con ello hubiese desaparecido el peligro! Carlota está en la inquisición. El cardenal quiere alejarla de mi lado y el inquisidor, no obstante ser enemigo del consejero, le obedece.

—No es extraño, señora. Vuestra dama es joven y hermosa.

—¡Ah!

—Eso es una razón, pero aún existe otra.

—¿Cuál?

—El padre Mendoza para mejor atacar al partido austriaco y evitar una desavenencia entre Francia y España, lo que supondría un golpe de muerte para la Inquisición, deseará conocer a los que plantearon el frustrado crimen.

—¿Y para eso? ...

—Es natural que Carlota lo sepa mejor que nadie, puesto que, según parece, sorprendió al asesino.

—Cosa fácil de saber, duquesa...

—Sin duda, pero no puede haber acusación sin una prueba.

—Y si Carlota hablara...

—Tanto peor, majestad. La vida del criminal está salvaguardada por la vida del rey. Si Mariana de Austria cayera...

—¡Silencio! ¡Por Dios!

—Sólo Dios nos escucha... Os decía que si ella cayera, arrastraría a la dinastía en su caída. Tras la delación, Carlota será la primera sacrificada para borrar la prueba.

—Es verdad, pero de esta verdad se desprende algo muy doloroso, duquesa.

—¿Qué?

—La indefensión en que me hallo. Ha fracasado este golpe, pero acaso a estas horas, quizás mañana, urdan un nuevo atentado. Moriré sin saber por dónde llega la muerte ni qué manos han de lanzarla sobre mi cabeza.

—No debéis apuraros hasta ese punto, señora. Todavía queda un remedio. Acaso el más práctico, el único que puede ser eficaz en estas circunstancias.

—¿Vos lo sabéis?

—Lo imagino. En vuestra situación la lucha cara a cara, sería una insensatez. Con ella daríamos todo el triunfo al enemigo. Es preciso imitar su táctica, pelear sin ofrecer ventajas.

—No llego a comprenderos.

—¿Habéis olvidado, señora, al embajador austriaco?

—¡Ah!

—¿No sabéis sus frecuentes visitas al aposento de la reina madre?

—¡Es verdad!

—Decidme ahora. ¿No han aumentado nuestras angustias a partir de la fecha en que ese diplomático atravesó los umbrales de este palacio?

—Sin duda, duquesa.

—Ya veis, majestad, qué fácilmente hemos encontrado la fuerza generatriz de todas vuestras inquietudes. El embajador planea, inspira y Mariana de Austria, sus cómplices, el confesor y los consejeros del rey obran obediéndole.

—Os sobra la razón.

—Establezcamos ahora el contraste.

—¿Cuál?

—¿Conoció por ventura al conde de Harcourt, embajador de Francia en la corte española?

—Tan sólo una vez he podido verlo. El día de la recepción oficial. Luego...

—Dicen que se dedica a distraer al rey... Y esto no es precisamente lo que vos necesitáis, señora.

—¡En efecto!

—Debéis combatir la fuerza con la fuerza, habilidad con disimulo, astucia por astucia. Es la baja intriga de los palacios, que muchas veces acaba en el patíbulo y otras en el abismo de una mazmorra.

—¿Y para eso?

—Vos y Francia necesitan otro embajador en Madrid.

—¿Y cómo conseguirlo?

—Esperad. Hablamos algo profundamente peligroso, y antes de proseguir debemos asegurarnos de no ser espiadas.

La duquesa de Alburquerque dirigióse a la puerta del aposento que comunicaba con la antecámara y abrióla súbitamente, con el fin de sorprender al que pudiera estar espiando. Este fué el momento en que Alonso Pérez, dispuesto a ganar la calle por el roto ventanal fué sorprendido al abrirse la puerta del aposento regio y cubrirle la luz de varios candelabros que iluminaban la estancia.

Al llegar a este punto, reanudemos la marcha normal de nuestro relato.

### III

#### EN LA CAMARA REGIA

Alonso quedó un instante inmóvil, mudo por la súbita sorpresa.

Apenas conocía a la Duquesa de Alburquerque e ignoraba en absoluto la verdadera personalidad de la anciana.

Hubo de animarle la sonrisa de amable acogida que le dedicó la desconocida dama y Alonso recobró toda la serenidad cuando la Duquesa, trazado ya su plan y dispuesta a ponerlo en práctica le habló de la siguiente manera:

—¿Sois vos, Alonso?

—Señora.

—¿Que aguardábais?

—El modo de salir de Palacio. Acaso ignoréis que...

—No molestaros. Sé puntualmente cuanto acaba de sucederos y el gran favor que desde hoy debéis al Rey.

—Me favoreció, es cierto señora, pero hiriéndome al mismo tiempo puesto que al darme la libertad encarceló a mi padre.

—Sus razones tendría, joven. El Rey representa a Dios en la tierra y sería deslealtad discutir sus decisiones.

—No he pensado en semejante cosa, señora mía. Me limito a lamentar el suceso y a esperar que el favor divino caiga de nuevo sobre la cabeza de los desdichados.

—¿No queréis hablar a la Reina?

—¿Acaso merezco tal honor?

—Sois futuro duque. Tenéis grandeza de Castilla y además sois valiente. ¿Acaso no son estos títulos bastantes?

—Gracias, señora.

—La Reina quiere hablaros.

—¡Disponed de mí! No obstante ser mucha mi ansiedad por salir del Alcázar.

—¿Teméis por Carlota?

Alonso tuvo en sus pupilas una expresión de sorpresa.

—Veo, señora, que estáis bien enterada.

—Las paredes de palacio no tienen secretos para mí. Respecto a Carlota no creo que le amenace un peligro inmediato.

—Sin embargo...

—¿Queréis pasar? La Reina os espera.

La Duquesa apartóse a un lado del umbral y Alonso un poco aturdido por aquella segunda parte de su extraordinaria aventura penetró en el regio aposento yendo a hincar su rodilla derecha frente a la soberana.

María Luisa que instintivamente, con la plena confianza que da la desesperación, había resuelto entregarse a las decisiones de la Duquesa, recibió al joven caballero con débil sonrisa de afectuoso acogimiento.

—Alzaos, caballero.

—Tengo entendido, señora, que deseais comunicarme vuestras órdenes.

—Es verdad. La Duquesa de Alburquerque os manifestará el motivo.

La vieja dama adelantó entonces un paso hacia el joven caballero y con palabra reposada no exenta de cierta solemnidad pronunció:

—Su Majestad la Reina necesita enviar una carta confidencial a su tío el Rey de Francia y para ello es indispensable que un caballero leal y valiente se comprometa a llevarla. ¿Aceptáis?

Las azules pupilas de María Luisa de Orleans fijáronse con extraordinaria atención en Alonso. Segura estaba de su lealtad pero no de su voluntad para servirla en aquella arriesgada comisión.

El futuro Duque, sin vacilar un instante respondió:

—Estoy dispuesto a serviros señora, pero...

—¿Pensáis imponer condiciones a la Reina?—interrumpió la duquesa.

—Quiero solamente pedir una gracia, señora.

—Concedida si está en mis manos.

—Suplico a Vuestra Majestad la libertad de mi padre.

La Reina frunció las cejas en un gesto de profunda contrariedad.

—¿Sabéis que vuestro padre es enemigo mío?

—Más noble y más alta seréis aún señora, solicitando su excarcelación y su destierro.

—¡Ah!

—No sacrifico la razón al afecto, señora.

—Siendo así, prometo poner todo el interés necesario para conseguirlo.

—Gracias, Majestad.

La Duquesa de Alburquerque se acercó entonces a la soberana.

—Dignaos escribir señora. La probada lealtad de Alonso será garantía de su servicio y es preciso que salga hacia París lo antes posible.

María Luisa acercóse a una pequeña mesa maravillosamente trabajada y comenzó a escribir rápidamente. En algunos instantes su mano se detenía, reflexionaba brevemente el concepto mientras reprimía difícilmente sus lágrimas y después reanudaba rápidamente la escritura.

Alonso y la Duquesa habían retrocedido algunos pasos y mientras aquél trataba de disimular su impaciencia la de Alburquerque no separaba sus pupilas del joven y resuelto caballero.

#### IV

#### UN DIPLOMATICO CURIOSO

Mientras en el aposento regio sucedía la escena que acabamos de relatar, en la antecámara ocurría algo que por su verdadero interés no debemos omitir en nuestro relato.

Recordaremos como el Conde de Melgar había referido al inquisidor que el embajador de Austria no hacía mucho habíase alejado en compañía de su escudero Grendín.

El vizconde Leitha, que tía era el título del referido diplomático, no había salido del Alcázar.

Grendín además de su criado había sido en muchos casos su confidente y su cómplice. Grendín había proporcionado a Mariana de Austria el activo veneno italiano destinado a matar a María Luisa. Y amo y señor estaban mutuamente obligados por importantes y secretas culpas.

Tan pronto el embajador unióse a su escudero, hablaron los dos

—¿Qué sabéis?—interrogó el criado.

—La reina madre es un saco de furias del que no se puede esperar la más pequeña iniciativa.

—Es valerosa, resuelta.

—Pero tiene el inconveniente de que hay que dárselo todo hecho.

—¡Qué remedio! Por algo sois vos quien sois y yo quien me figuro.

—Es molesto, desagradable tener que comenzar de nuevo. Esa maldita Carlota que Dios confunda lo echó todo a rodar.

—Ya no debemos temerla. El inquisidor, que nos odia, al prenderla nos ha prestado un magnífico servicio. Yo creo que debíais visitarlo para agradecerle el favor.

El diplomático replicó sin ocultar su disgusto:

—No es hora de chanzas sino de imaginar un medio para acabar con esa francesa definitivamente. Después el campo será nuestro.

—Creo, señor—murmuró Grendín—que os entusiasmaís con gran facilidad olvidando un detalle de mucha importancia.

—¿Cuál?

—¿Creéis acaso que María Luisa esté huérfana de todo auxilio?

—¿Y quién ha de ayudarle? Carlos II apenas le hace caso, el embajador de Francia se ha olvidado al parecer de que la Reina es francesa.

—Sin embargo, queda un auxiliar.

—¿Quién?

—¡Alonso Pérez!

—¡Bah! ¡Valiente personaje!

—Vos lo habéis dicho, señor. Valiente y resuelto como pocos. ¡Ojalá tuviéramos al hijo como tenemos al padre!

—Lo tendremos o lo sacrificaremos si es preciso para que no estorbe.

—Entre tanto si yo me hallara en vuestro lugar me gustaría saber lo que sucede a estas horas en el aposento de la reina.

—Todas las puertas que comunican con la antecámara de la reina están cerradas. Para conseguir lo que me propones... sería preciso salir del alcázar y penetrar por la escalera de servicio y entonces nos descubrirían.

—¡Oh! Habláis demasiado señor vizconde. Yo puedo resolver todo eso sin la menor dificultad.

—¿Cómo?

—Ofreciéndoos esta llave para una de las cerradas puertas que comunican con la antecámara.

—¡Ah!... pero...

—Muy sencillo. Un herrero amigo mío establecido en la calle Imperial hubo de hacérmela para los casos apurados. ¿Aceptáis el obsequio?

—Te juro que has de cobrarlo espléndidamente.

—Lo suponía. Ya sabéis que no me gusta trabajar gratis.

—Ahora bien... Has de ser tú el que penetre primero en la antecámara. Si llegaran a sorprendernos es mejor que seas tú y no yo al que descubran.

—Pero si la antecámara está desierta...

—Entonces me avisas.

Todo se realizó como los dos cómplices lo habían proyectado.

Grendín penetró en el aposento inmediato a la cámara de la Reina segundos después que Alonso penetró en la estancia regia llamado por María Luisa de Orleans.

El criado avanzó en las tinieblas e inmediatamente llegó a sus oídos la voz de la duquesa de Alburquerque y tras ella la de Alonso Pérez. Retrocedió hasta la puerta e hizo señas al embajador para que se acercara.

Procurando que sus pasos no hicieran el más leve ruido el Vizconde de Leitha obedeció a su criado y acercóse al cortinaje que separaba la antecámara del regio aposento. Comenzó a escuchar.

Súbitamente prendió uno de los brazos de Grendín y pronunció con la boca casi pegada al oído de su cómplice:

—Corre al aposento de la reina madre. Es preciso que la veas a toda costa. Yo he de permanecer aquí hasta que termine la entrevista.

—Bien pero...

—Le dirás que María Luisa escribe en estos instantes una larga carta a su tío Luis XIV y que Alonso Pérez saldrá dentro de pocos minutos de Madrid para entregar la misiva al Rey de Francia.

—¿Vuelvo aquí?

—No es preciso. Una vez que la Reina madre conozca esa noticia esperarás sus órdenes.

—Es decir...

—No pierdas el tiempo, Grendín de los diablos. Es preciso que esa carta llegue a nuestras manos de cualquier modo.

El criado no esperó más. Rápido dirigióse a la puerta y salió a la espaciosa galería dirigiéndose al aposento de Mariana de Austria. Dos minutos después, Dimas el ayuda de cámara del Cardenal, al servicio en aquellos instantes de la Duquesa de Alburquerque, intentaba penetrar en la antecámara y al descubrir en ella al embajador austríaco retrocedía sorprendido.



## CAPITULO VI

# ORDENES CUMPLIDAS

I: UN RECURSO EXTRAORDINARIO.—II: INDECISION.—III: ASECHANZA Y TRAICION.  
IV: UN TIRO CERTERO.

### I

#### UN RECURSO EXTRAORDINARIO

Nó era Dimas hombre a quien se le ocurriera retroceder ante la primera dificultad.

Antes que temer a los inconvenientes le complacía dominarlos y en aquellos momentos se le ofrecía propicia ocasión para demostrar su voluntad.

Conocía que Alonso estaba amenazado de muerte por el inquisidor, que el Conde de Melgar había de prender al joven caballero tan pronto éste saliera del Alcázar. Al abrir la puerta de la antecámara había logrado escuchar la voz del heredero de Medinasidonia y sabía por lo tanto, que éste se hallaba junto a la Reina. Un nuevo peligro significaba para el enamorado de Carlota la presencia en la antecámara del embajador austriaco.

—¡Necesito salvarlo a toda costa!—murmuró Dimas.

Luego de reflexionar unos instantes sacó de su escarcela un arrugado trozo de pergamino y escribió rápidamente sobre él algunas palabras.

Una vez acabó su breve y rápida escritura y aprovechando la profunda atención del vizconde hacia lo que en la estancia regia sucedía, abrió la puerta del aposento, atravesó el umbral y la cerró después cuidadosamente, procurando hacer sobre ella ruido bastante para que el embajador se alarmara.

Sin perder un segundo Dimas se alejó hacia uno de los ángulos de la estancia pegando su cuerpo a la pared y amparándose en las espesas sombras para no ser descubierto.

No se había engañado el criado en cuanto había supuesto.

El embajador al escuchar aquel ruido en la puerta de la antecámara corrió hacia ella. Extendió sus manos sobre los tableros y miró hacia afuera por el orificio de la cerradura. No encontró nada sospechoso pero de sus labios brotaron palabras de profundo disgusto.

—Ese animal de Grendin ha cerrado la puerta poniéndome en un terrible compromiso.

Entre tanto, Dimas no había perdido el tiempo. Aprovechando los segundos que el vizconde empleó en examinar la puerta cerrada el ayuda de

cámara del Cardenal utilizando una larga aguja, clavó el trozo de pergamino escrito en la parte exterior del cortinaje que separaba la antecámara del regio aposento.

—De este modo—imaginó el criado—. Alonso podrá verlo al salir y quedará avisado.

Dimas había cumplido su propósito y rápido separóse de la gruesa cortina yendo a ocultarse en el extremo contrario de la estancia.

\* \* \*

María Luisa firmó con un solo rasgo la carta dirigida al Rey de Francia. En ella pedía la joven soberana un auxilio contra las ambiciones austríacas, un hombre resuelto que protegido por la representación oficial que para nada servía al Conde de Harcourt, le defendiera contra la rastrera labor de Mariana de Austria y de los Consejeros del Rey.

Solicitaba, además, que llegara a evitarse toda medida de violencia en el terreno de las armas. María Luisa no se hubiera perdonado que una carta suya llegara a provocar una guerra entre las dos naciones.

Dobló el pliego y alzándose avanzó un poco hacia Alonso que esperaba respetuosamente.

—Aquí tenéis mi encargo, caballero. De vuestra misión depende el fracaso de vuestros enemigos y la tranquilidad de vuestra reina.

—Juro señora que perderé la vida antes que faltar a mi palabra.

—A nadie sino al mismo Rey debéis entregar esta carta.

—Lo haré como lo mandáis.

—Dios guíe vuestros pasos, caballero. Luego yo me encargaré de premiar vuestra lealtad.

Alonso Pérez hincó en tierra la rodilla derecha y besó la mano blanca y suave que la soberana le ofrecía. Después inclinóse en profunda reverencia ante la Duquesa de Albuquerque que le despidió con estas palabras que al joven caballero no dejaron de extrañarle.

—Os lleváis toda mi vida, Alonso. Tratad de conservarla y devolvermela.

Con esto terminó la entrevista y Alonso Pérez dirigióse al cortinaje que cerraba el umbral del regio aposento.

Súbitamente experimentó una sorpresa que difícilmente pudo reprimir. Sobre el rojo terciopelo había descubierto un trozo de pergamino en el que se hallaba escrito lo siguiente:

*“Procurad no salir el primero por la escalera de servicio”.*

## II

### INDECISION

#-

—¿El primero?—preguntóse—. ¿Acaso permanece otra persona en la antecámara?

Disimuladamente arrancó del cortinaje el trozo de pergamino y pasó al aposento inmediato.

En aquel instante pudo escuchar unos pasos apresurados de rápida fuga que se dirigían a la escalera de servicio, única salida posible de la antecámara. Gracias a la luz que al levantar la cortina penetró en la estancia logró también descubrir al fugitivo aunque sin reconocerlo, y además le pareció ver una oscura y borrosa figura que parecía arrastrarse sobre el pavimento de la estancia.

—Juraría—pensó—que se trata de aquel maldito vicio que alentaba a los esbirros para que me prendieran—. No puedo detenerme para alcanzarlo. Es preciso que caiga en mis manos el fugitivo. Acaso ha espiado mi conversación con la Reina y juro a Dios que no saldrá vivo de Palacio.

Mientras pensaba de este modo, avanzaba Alonso Pérez hacia el embajador y no tardó en sujetarle por uno de los hombros.

Hallábanse muy cerca de la puerta que cerraba la estrecha escalera y las primeras luces de la aurora iluminaban difusamente aquel lugar. Gracias a esta circunstancia lograron reconocerse los dos hombres.

—¿Sois vos?—interrogó Alonso—. Debí haberlo supuesto.

El vizconde, pensando que nada adelantaría negando su espionaje, resolvió afrontar la situación frente a frente. Así exclamó inclinándose mientras aparecía en sus labios una irónica sonrisa.

—Tengo mucho gusto en reconoceros en vuestro nuevo oficio.

—¿Qué pretendéis expresar?

—¿Acaso no sois el correo secreto de la Reina?

—¿No sentís una profunda vergüenza al confesar vuestro espionaje?

—En la guerra, amigo mío, todos los medios son lícitos.

—Pocos escrúpulos tenéis.

—Cumpló mi misión y por ella me sacrifico.

—Triste obligación la vuestra vizconde, tanto más cuando en ella habéis fracasado.

—¿Fracasar? Os equivocáis joven. Los resultados de mi espionaje han sido preciosos.

—Preciosos, pero inútiles—replicó Alonso severamente.

—¿Pensáis asesinar-me?

—Para mí el crimen no puede ser nunca una virtud ni una obligación.

—Entonces...

—Sin embargo hay cosas, existen secretos que sólo pueden comprarse a costa de la vida.

—La verdad es que no acierto a comprenderos.

Alonso guardó un instante de silencio y pronunció después:

—Os hago la gracia de consideraros todavía como un caballero.

—¡Bah!

—¡Escuchadme! Vos sabéis que yo soy portador de una carta para el Rey de Francia.

—Y además, y esto es lo importante, que dicha carta está firmada por María Luisa de Orleans.

—Pues bien, señor vizconde. Vos, vos y yo sabemos ese secreto y es preciso que no lo sepa más que uno.

—Que me proponéis?

—Un duelo a muerte. ¿Aceptáis?

El embajador vaciló un instante. Estaba convencido que la decisión de Alonso era irrevocable. Si no aceptaba moriría. Y al aceptar le quedaba todavía una esperanza. Alzó la frente y pronunció resuelto:

—Bien está, joven. Acepto vuestra solución y nos batiremos inmediatamente.

Dicho esto el diplomático comenzó a descender por la escalera de servicio. Al llegar junto a la puerta volvióse al enamorado de Carlota exclamando:

—¡Pasad!

Alonso recordó entonces el misterioso aviso que de modo tan original había recibido en el aposento de la Reina, y replicó:

—¡Vos primero vizconde! Lo cortés no quita a lo valiente.

Amaneciendo estaba cuando el diplomático abriendo resuelto la cerrada puerta salió del alcázar. Alonso se disponía a seguirle pero un suceso extraordinario le detuvo y a punto estuvo de lanzar un grito de sorpresa.

Como vomitados por la tierra aparecieron súbitamente tres hombres que envolviendo rápidamente al diplomático en amplia capa que a tal efecto tenían preparada, le arrastraron sin que el austríaco pudiera defenderse. A cierta distancia aparecía embozado hasta los ojos un misterioso personaje que parecía mandar a los que habían apresado al embajador.

Alonso comprendió en aquel instante la eficacia del misterioso aviso.

—El preso debía ser yo y se han equivocado.

Así había sucedido en efecto. El conde de Melgar, obedeciendo las órdenes del inquisidor Mendoza acababa de sorprender y maniatar al vizconde de Leitha creyendo que Alonso Pérez era su prisionero.

El grupo se alejó apresuradamente y pasados unos segundos el futuro Duque de Medinasidonia salió del Alcázar.

Ya en plena calle se detuvo un instante.

—No saldré de Madrid sin antes buscar a Carlota. Si está en la inquisición allí he de ir a buscarla suceda lo que suceda.

Resueltamente avanzó hacia las cárceles del Santo Oficio.

No advirtió que tras él un hombre seguía sus pasos procurando no ser descubierto.

### III

#### ACECHANZA Y TRAICION

¿Qué había sucedido entre tanto en el aposento de la Reina madre entre ésta y el emisario del sorprendido embajador?

A Grendín le costó algún trabajo conseguir que el ujier vigilante le permitiera atravesar el umbral de la estancia. Hubo de suplicar inútilmente y rogar después y hasta exigir más tarde y tales cosas dijo y tales razones dió que por fin el criado logró su propósito.

La condesa de Berlipo, camarera mayor de Mariana de Austria, a la que ya conocemos, recibió al emisario.

—¡Señora!—exclamó Grendín cuando la dama le detuvo resueltamente.

—¿Qué quieres? ¿Cómo te atreves a llegar hasta aquí?

—Perdonadme señora condesa, pero debo obedecer las órdenes de mi amo.

—Habla. Te escucho.

—Ha de ser la reina, señora, quien debe escucharme y solamente a ella comunicaré las palabras del señor vizconde.

—A la Reina es imposible llegar.

—Pensad lo que decís señora. Es muy grave el asunto que me trae y la Reina jamás os perdonaría el perjuicio.

Vacilaba la Condesa de Berlipo, cuando, Mariana de Austria que había escuchado las respetuosas súplicas de Gredín apareció en el umbral de su cámara.

—¿Qué sucede

El criado hincó una rodilla exclamando:

—Deseo hablaros, señora. Haced la gracia de escucharme.

Las pupilas duras, inexorables, de la antipática mujer, fijáronse en el criado.

—¿Qué quieres?

—Es asunto reservado majestad. El negocio no es mío sino vuestro y solamente he de repetiros palabras del señor embajador.

Mariana palideció al escuchar al criado. Instintivamente comprendió que se trataba de algo muy importante.

—¡Pasa!—ordenó a tiempo que volvía la espalda dirigiéndose al centro de la estancia.

Grendín obedeció y tras él cerró la puerta cautelosamente. Luego fijó sus pupilas en la Reina madre.

—¿Qué tienes que decirme?

—Sencillamente que el señor vizconde acaba de sorprender una entrevista de su majestad la Reina con Alonso Pérez, el heredero del Duque de Medinasiona.

—¿Qué más?—interrogó la austríaca sin ocultar su inquietud.

—María Luisa de Orleans acaba de escribir una carta que Alonso Pérez es el encargado de entregar en las propias manos de Luis XIV.

—¿Cuándo ha de salir?

—Inmediatamente, señora.

Mariana de Austria guardó silencio y miró profundamente a Grendín.

—¿Quieres ser rico?... ¿Acaso ser noble?

—No ambiciono otra cosa, señora.

—Quien pueda conseguir traerme la carta de la Reina, conseguirá su fortuna.

—¿Utilizando cualquier medio?

—Los medios me son indiferentes. Tan sólo deseo poseer el documento.

¿Conoces al hombre que puede conseguirlo?

—Lo tenéis en vuestra presencia, señora.

—Si me traicionas piensa que en ello puede irte la vida.

—¡Os responde de mi lealtad!

Mariana de Austria volvióse a una pequeña gaveta, extrajo de ella una obscura bolsa de terciopelo en la que tintineaban los doblones de oro y la echó magnífica y desdeñosa a los pies del criado.

Grendín recogió el dinero, precio de su proyectado crimen, e inclinado, caminando hacia atrás, ganó de nuevo la puerta del aposento.

Al encontrarse con el ujier exclamó mientras ocultaba bajo su ropilla los doblones de la Reina.

—Lo ves imbécil, como yo tenía razón. Lástima que no sepas apreciar lo mucho que vale tu señora.

Tuvo que dominar el criado su impaciencia y la prisa que tenía en trasladarse a la antecámara de María Luisa.

—Si me ven correr infundiré sospechas...

Con reposado paso llegó a la galería donde antes vimos a Dimas espiar al inquisidor y al Conde de Melgar. Estaba desierta y Grendín luego de convencerse que en su cintura y bajo el no muy flamante colete guardaba una pistola penetró resueltamente en la antecámara. Le recibieron el silencio y las tinieblas. Alonso hacía pocos minutos que había terminado con el vizconde la conversación que ya dejamos referida y cuando siguiendo al embajador dirigióse a la puerta de servicio, Dimas salió del rincón que hábale servido de escondrijo y siguió los pasos del joven caballero.

Pasado un segundo fué cuando Grendín penetró en la antecámara. Detúvose indeciso unos instantes. Luego se acercó al cortinaje que cubría la entrada del regio aposento.

La Reina y la Duquesa conversaban pero no escuchó la voz de Alonso.

—¡Ha salido ya! ¡Por vida de!... Llegué tarde.

Ligero dirigióse a la escalera de servicio. Antes de separarse del cortinaje escuchó que dentro de la cámara de la Reina resonaba un grito de sorpresa o de angustia.

Grendín no se detuvo para averiguar el motivo. Con Alonso se le escapaba la fortuna y acudió a lo que más le interesaba.

Apenas pisó el primer peldaño de la estrecha escalera quedó profundamente sorprendido. Era aquel el momento en que los hombres del Conde de Melgar caían sobre el embajador y Alonso retrocedía ante la inesperada escena.

Grendín descubrió además a otro personaje que cautelosamente marchaba tras el enamorado de Carlota. Le reconoció inmediatamente.

—¡Es Dimas! ¿Persigue al de Medinasidonia o le protege? ¡Al fin poco me importa averiguarlo! Quitemos de en medio el inconveniente que lo primero es antes.

Pausado, procurando no producir el más leve ruido descendió peldaño tras peldaño hasta situarse a la espalda de Dimas. Le hubiese bastado adelantarse las manos para derribar al criado de Portocarrero pero Grendín temió que un grito de su víctima pudiera ser escuchado por Alonso y en este caso había fracasado su espionaje. Esperó unos momentos hasta que Alonso cruzó el umbral y salió a la calle.

Dimas quiso seguirle pero el enviado de la Duquesa sintió que unas manos de hierro atenazaban su garganta, que le derribaban hacia atrás bárbaramente y que una rodilla hincábase sobre su pecho privándole de toda defensa.

Unos segundos después escapábase la vista de sus ojos.

El viejo criado se desplomó exámine. Había perdido el conocimiento y su cabeza rebotó sordamente sobre los escalones de piedra.

Grendín irguióse rápido y luego de posar una mirada sobre su víctima, pronunció:

—¡No sé si vives! Al menos por ahora no habrás de molestarme.

Descendió luego hasta el portal y encogiéndose cuanto pudo avanzó pegado a la fachada del Palacio.

Un instante después, como sabemos, Alonso Pérez encaminábase hacia las cárceles del Santo Oficio y Grendín caminó cauteloso tras de su perseguido.

#### IV

#### UN TIRO CERTERO

Impaciente paseaba el padre Mendoza la espaciosa celda en toda su extensión.

—Ya tarda demasiado—murmuró—. El golpe me parece que no ofrecía dificultades. Este conde de Melgar—prosiguió reflexionando—tiene más de ambicioso que de inteligente. ¡Si en esta ocasión no acierta se hará preciso substituirlo!

Diez minutos más de angustiosa espera por parte del inquisidor. Súbitamente la figura del almirante de Castilla se dibujó en el umbral de la celda.

El padre Mendoza corrió hacia el ambicioso personaje.

—¿Qué? ¡Hablad! ¿Qué ha sucedido?

La sonrisa dibujada en los labios del Conde fué la mejor respuesta. El de Melgar pronunció por fin.

—La Inquisición, la Patria y el Rey están servidos.

—¿Eso quiere decir?...

—Que vuestro prisionero acaba de ingresar en los calabozos del Santo Oficio.

—¿Por fin! ¿El golpe se habrá realizado sin el menor inconveniente?

—En efecto, pero luego de haberlo prendido han comenzado las dificultades. Se había empeñado en gritar y mis hombres apenas podían evitarlo.

—Acaso olvidasteis mi consejo. Os dije que le cubrierais con una capa la cabeza.

—Así lo hicimos, monseñor, pero la precaución no era bastante para evitar que los agudos gritos del prisionero llegaran hasta la cámara de la Reina.

—Esto hubiera significado un grave peligro.

—Tranquillizaos. Para estos casos son las iniciativas. Yo temía que sucediera así y uno de mis hombres llevaba a prevención una mordaza.

—¿Y?...

—Se la colocamos rápidamente. Costó mucho trabajo porque el endiablado caballero se nos escapaba de las manos.

—¿Y al fin?

—Alonso Pérez vióse reducido al silencio y a la inmovilidad. Luego todo marchó como sobre ruedas.

—¿Dijisteis que ya se encontraba en uno de los calabozos?

—En efecto. Cuando llegamos a la portería había en ella un tremendo revuelo.

—¿Por qué?

—Uno de vuestros frailes, según declaraba a gritos, acababa de ver al diablo.

—¡Idiotas!

—El padre Pascual tranquilizó por fin a los supersticiosos y me acompañó al lugar donde dejamos a nuestro prisionero.

—¿Mandasteis que le quitaran la mordaza?

—No lo hice monseñor, en atención a que sus gritos pudieran significar un perjuicio.

—No está mal.

—Lo empujamos hacia el interior del calabozo. Yo mismo le vi trompicar y caer sobre la cama de paja. Luego cerramos inmediatamente la puerta y aquí me tenéis para daros cuenta de mi comisión.

—¡Admirable, señor Conde! Por fortuna ya tenemos a los dos pájaros cantores dentro de la jaula y podremos alcanzar, Dios mediante, la prueba que necesitamos para triunfar en toda la línea.

—¿Tenéis esperanzas de conseguirlo?

—Poco he de poder ó Portocarrero bailará en la hoguera en plena Plaza Mayor y Mariana de Austria será desterrada.

—Y el Rey...

—El Rey obedecerá al inquisidor. No tengáis la menor duda.

—Ojalá suceda como lo pensáis. Ante todo creo que debéis proceder sin perder el tiempo en demasiados trámites.

—Forzosamente hemos de cumplir uno, querido Conde.

—¿Cuál?

—Proporcionarnos un poco de descanso. Por mi parte os digo que me

hallo rendido por completo. Tres horas de reposo me bastarán para recuperar energías.

—Entonces.

—Marchad ahora. Aun no han dado las seis y está amaneciendo; a las nueve os espero para terminar nuestro negocio.

Salió el conde de Melgar de la celda y minutos más tarde se alejaba de la Inquisición.

\* \* \*

Entre tanto en el calabozo ocupado por Carlota y por el bufón, Tatouner ayudaba a la prisionera para que éste por sus propios ojos descubriera la figura de Alonso Pérez que se dirigía apresurado hacia el edificio del sanguinario tribunal.

¿Qué proyectos eran los de Alonso? ¿Cómo se proponía salvar a su enamorada de las garras del Santo Oficio?

Difícil hubiera sido adivinarlo precisamente por las dificultades insuperables que ofrecía semejante empresa.

Esto mismo debía pensar el joven caballero porque ya a muy poca distancia del tenebroso edificio se detuvo. Alzó su frente y por casualidad sus pupilas fueron a fijarse en el torreón donde Carlota estaba prisionera.

Aquella circunstancia fué aprovechada por el bufón que sacando el brazo derecho por el ventanal cuyos barrotes había cortado, agitó nerviosamente un pañuelo.

Carlota vió como Alonso sonreía al advertir la señal y quiso llamarle.

—¡Dios mío, qué felicidad!

—Silencio charlatana. Alonso acaba de advertir junto al muro de la torre la escala de seda y dentro de un segundo habrá llegado a la ventana.

—¿Entonces?

—Yo te alzaré en mis brazos; él te recibirá en los suyos y podréis volar libremente.

—¡Gracias, Tatouner! ¡Muchas gracias!

—¿Lo ves? ¡Mira! ¡Ya sube!

—Sí; es verdad. ¡Qué dicha, virgen mía!

—Ya ce acerca... ¡Ya!... ¡Ya está aquí!

En efecto. Alonso había llegado a posar sus manos sobre el alféizar de la ventana.

—¡Por fin!—suspirió Carlota.

—¡Por fin! Vamos pronto. He de salir hacia París sin perder un segundo.

Tatouner alzó a la joven sobre sus brazos pero en el mismo instante en que Alonso iba a recobrar a Carlota, un suceso inesperado y terrible se produjo.

Grendín, al pie de la torre espía y consideró que había llegado el momento más propicio para cumplir las órdenes de la reina.

Apuntó y disparó luego con absoluta serenidad. La bala fué a herir la espalda de Alonso, que lanzando un grito de angustia, desplomóse pesadamente. Su cuerpo quedó exámine y ensangrentado sobre la tierra, y Carlota cayó desvanecida sobre el pavimento de su calabozo.

Tatouner salió rápido por la ventana y vió como Grendín, registrando al herido, arrebatábale una carta y luego emprendía la fuga.

El bufón corrió tras el emisario de Mariana de Austria.



¿LE INTERESAN LOS LIBROS DE AVENTURAS Y VIAJES?

LEA LA INTERESANTE COLECCION TITULADA:

# AVENTURAS PRODIGIOSAS

QUE SE COMPONE DE LOS SIGUIENTES TITULOS:

- LA AVENTURA INFANTIL.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
JACK Y DOLLY (Emocionantes aventuras de dos huérfanos alrededor del mundo).—18 cuadernos a 10 cts. cuaderno.  
ROCK (Emocionantes heroísmos y luchas prodigiosas de un muchacho intrépido).—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
LOS HEROES DEL AIRE.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
RAUL, EL PAJE VALEROSO.—14 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
CABRIOLA, EL SALTIMBANQUI PRODIGIOSO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
MILIN, EL REY DE LA AUDACIA.—10 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
TRIC Y NELLY (Aventuras de dos huérfanos en tierras de canibales).—10 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
NÉD, EL REY DEL AIRE.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FANET (Extraordinarias aventuras de un intrépido grumete).—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
KIT, AVENTURAS DE UN NIÑO ROBADO.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
TIT, EL HIJO DE SHERLOCK HOLMES.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FLORDELIS, EL PEQUEÑO MOSQUETERO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
BOB, EL PEQUEÑO DETECTIVE.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
QUIQUET, EL REY DE LOS AVENTUREROS.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
QUINTIN, EL BOLIDO HUMANO.—42 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
BALA SEGURA, EL PEQUEÑO HEROE DE LA PRADERA.—10 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FILDORITA, EL GOLFILLO AVENTURERO.—16 cuad. a 10 cts. cuaderno.  
TONI (Aventuras de un joven español en el país de las pieles rojas).—30 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FANTAN (Prodigiosa aventuras de un muchacho intrépido y valeroso).—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
PAKO, EL REY DEL VALOR Y DE LA FUERZA.—32 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FINO, EL INTREPIDO.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
RIRI (Prodigiosa y heroica aventuras de un niño huérfano y pobre a través del mundo).—36 cuadernos a 10 cts. cuaderno.  
BATAPLAN, EL TAMBORILERO DEL REGIMIENTO.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
EN BUSCA DE AVENTURAS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FERD (Heroicas aventuras de un joven abnegado y valeroso).—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
DELFIN, EL GRUMETE DE LOS CORSARIOS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
AVENTURAS DE RIN-TIN-TIN, EL PERRO JUSTICIERO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
RALPH, EL PEQUEÑO DETECTIVE.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
AVENTURAS DE DOS HUERFANOS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
WALTER, EL PEQUEÑO SALTIMBANQUI.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
EL BARON MISTERIO.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
HALKER NOWE, EL PEQUEÑO CORSARIO.—4 cuad. a 10 cts. cuaderno.  
EL PEQUEÑO AVENTURERO.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
EL CLUB DE LOS ENMASCARADOS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
DECKER DOW, EL TERROR DE LOS PIELS ROJAS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
JACK WILLS, EL TERROR DE LA PRADERA.—24 cuad., a 5 cts. cuaderno.  
DEKER, EL TERROR DE LOS PIRATAS.—24 cuad., a 5 cts. cuaderno.  
TARARI, EL VALIENTE CORNETIN.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FLORIAN, EL CADETE DE LA REINA.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
TITAN DE BRONCE (Aventuras de un capitán de 20 años).—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FERMIN DE CASTRO, EL GUERRILLERO FANTASMA.—24 cuad., a 10 cts. cuaderno.

*Estas obras puede Vd. adquirirlas por mediación de nuestros corresponsales o pidiéndolas directamente a esta Editorial. El pago debe ser anticipado por giro postal o en sellos de franqueo.*

Dirigir la correspondencia a las siguientes señas:

SR. D. JUAN BRUGUERA, EDITORIAL "EL GATO NEGRO"

MORA DE EBRO, 141

BARCELONA